

El centro contra las periferias (el nacionalismo defensivo de Altamirano)

*María Rosa Palazón Mayoral
y Columba Galván Gaytán*

“El que es indio sabe bien lo que esto
significa:/ es ser de aquí, de donde es América”
Miguel Ángel Asturias, “Meditaciones
del pie descalzo.”

Ignacio Manuel Altamirano, también conocido como “Espinel”, “Merlín”, “Próspero” y “Luciano”, ejerce la fascinación de un maestro-guía, o “partero de almas” como gustaba de llamarse, y del Garibaldi mexicano. Lo último porque se le aplican las palabras que él mismo pronunció durante la velada fúnebre en memoria de este “libertador italiano”: hace bien a las naciones con sólo servir de ejemplo.¹ Las colaboraciones de nuestro autor en periódicos y revistas lo perfilan como un sabio en el derecho, la política, las ciencias, la educación pública² y la literatura: se desenvolvió con soltura en poesía, oratoria, crítica e historia literarias, en la narrativa y el periodismo. Asimismo, es notable su *Historia política de México* (1821-1882). Y este sabio sigue siendo más atractivo que los liberales ortodoxos porque nunca renegó de su “condición de pueblo”, al que perteneció no sólo por su “cuna humilde”, sino por “convicción”.³ Congruentemente con ésta, analizó el carácter clasista de la guerra de Independencia y sus dos fases —la insurgente y la iturbidista—, de tendencias mutuamente excluyentes, y redactó textos demoleedores en contra del Partido Conservador que, “con su infando sistema de retroceso y oscurantismo”,⁴ exalta los odios, presentando a las tropas insurgentes como bandidos que, pisoteando las leyes y la religión, se prostituyeron, cambiando de bando según propias conveniencias. Muchos curas y monjas, precisa, han exaltado a Iturbide como mártir libertador, y

¹ 1182. Discursos pronunciados en la Tribuna Cívica en la Cámara de Diputados, en varias sociedades científicas y literarias y en otros lugares, desde el año de 1859 hasta el de 1884. París: Biblioteca de Europa y América, 1892, p. 17.

² Esta misma sabiduría lo hizo desempeñarse como magistrado de la Suprema Corte, diputado federal durante el periodo juarista, cónsul, profesor de las Escuelas Nacional Preparatoria, Nacional de Maestros y de Comercio y Jurisprudencia, así como dirigir el Liceo Hidalgo. Sus aportaciones sobre las ciencias fueron publicadas por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

³ 1859. *Discursos...*, p. 2.

⁴ *Ibid.*, p. 17.

no como el presuntuoso reaccionario que fue. Y además han ponderado como revolucionarios los nefastos Plan de Iguala y Tratados de Córdoba, fraguados por autoridades eclesiásticas y militares, nobles y ricos; en cambio, agrega, desprestigian la Reforma democrática y popular emprendida por el Partido Liberal, “verdadero observador del Evangelio” de la “Justicia y la Igualdad”,⁵ mientras se desgarran las vestiduras por la muerte del emperador Maximiliano. Asimismo, congruente con su ideología, Altamirano denunció que la Constitución de 1824 privilegiaba a los propietarios, en contra de las demás clases de la República Mexicana, y denunció la miseria abyecta, la ignorancia y el pauperismo de los “desheredados de la suerte” que habitaban los suburbios de la Ciudad de México, invitando a las “autoridades indolentes” a que visitaran ese “círculo negro” que vivía bajo la represión policiaca.⁶

Han pasado más de cien años y algunos de sus textos aún oxigenan a sus lectores contemporáneos, sumidos en una etapa de grandes emigraciones y de masificadora economía transnacional. No obstante, también es verdad que, en algunos aspectos, su ideario y lucha ya no despiertan el mismo aprecio generalizado que tuvieron: median inevitables distancias históricas: “Por fortuna —dijo— las naciones pueden hacerse de nuevo, lo que no lograrán los héroes y nuestros sabios. Las banderas envejecen pronto [...] en nuestro horizonte político ya no aparecerán los personajes del día [...]. Los pueblos volveremos cuando los nuevos ramos florezcan”.⁷

¿*El espíritu de mi raza o la raza de mi espíritu?* Iniciamos apuntando que Altamirano, junto con Benito Juárez, “encarnación de la causa nacional”,⁸ han funcionado como figuras paradigmáticas del indígena que superó sus “años infantiles, oscurecidos por la miseria” e iluminados después por la esperanza”:

Mis antecedentes son humildes, he probado desde mi infancia el cáliz de las miserias de la vida: he nacido en la cabaña de una familia de indios [...]; el apellido que llevo, y que es español, no me pertenece [...] porque los indios no tienen motivo para llevarlo; pero mis abuelos lo tomaron, como lo tomó Juárez [...], lo llevo porque [...] he sabido honrarlo con una conducta sin mancha”.⁹

Relata que, siendo un joven becado, llegó desde su natal Tixtla al Instituto Literario de Toluca como “pobre hijo del pueblo”,¹⁰ vestido con calzones blancos y camisa de manta. A partir de entonces siguió una ascendente carrera académica y un proceso de transculturación.

⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁶ *Obras completas XV. Escritos sobre educación*, pról. y notas de Concepción Alarcón. México: CONACULTA, 1989, pp. 235 a 239.

⁷ *Obras completas XVIII. Periodismo político 1*, ed., pról. y notas de Carlos Román Celis. México: CONACULTA, 1989, p. 12.

⁸ La frase sobre Juárez es de la *Historia política de México (1821-1882)*. México: Empresas Editoriales, 1947 (*El Liberalismo en Pensamiento y Acción*), p. 149. Las demás son de *Obras XVIII*, *ibid.*, pp. 17.

⁹ *Obras completas XVIII*, *ibid.*, pp. 17-18.

¹⁰ *Obras completas XVIII, Ibidem y Discursos*, p. 361, respectivamente su pueblo natal, en el actual Estado de Guerrero, entonces pertenecía al Estado de México.

En las escuelas aprendió que desde la perspectiva del poder, el común denominador de lo latinoamericano es la inferioridad, lo imperfecto, la degeneración y la inmadurez, calificativos con que se justificaban las distribuciones étnicas del trabajo mundial según las conveniencias de los centros económicos. Adicionalmente, las creencias sobre la “pureza de sangre”, se revitalizaron en esos años, complementándose con el “descubrimiento del racismo que supuestamente evalúa científicamente el “equipo genético” —caracteres físicos y coeficiente intelectual (quizá “raza” proviene de una forma culta de *ratio, rationis*)— y que dictaminan la debilidad corporal y de intelecto de la “raza india” (¿hubo una sola raza en todo el Continente americano?). Altamirano adujo contraejemplos: los de Tixtla, altivos e inteligentes, dominan cualquier género de agricultura;¹¹ Juárez, “viva prueba de las aptitudes de la raza indígena”,¹² y él mismo. Bajo el seudónimo de “Un Cura de la Sierra” afirmó: “apenas hablo el castellano pero [...] creyéndome, aunque sin permiso de los fariseos, con el derecho de pensar, me he puesto desde hace tiempo a borronear algunos artículos encaminados a propagar ideas que creo útiles al pueblo”.¹³

En *El Federalista*, (22 de agosto de 1874) puso en tela de juicio la “panacea mentirosa” del capitalismo discriminador. No puede negarse, escribe, que las poblaciones de la Tierra que “llenaron” con el “lustre” de sus conquistas o grandes adelantos una época de la historia conservan las virtudes de su “raza”: los mestizos de México, por ejemplo, no han dejado de transitar por los caminos del “progreso”. Por el contrario, “los pueblos de raza *pur sang* [...] han necesitado de la emigración”¹⁴ para sobrevivir. Emigraciones e inmigraciones han sido los vasos comunicantes y enriquecedores de las “sangres”, continúa diciendo. Y observa atinadamente que no hay razas “unas”, sino entrecruzamientos.

Ahora bien, los intelectuales que como él se apropiaron de la terminología racista en boga, dependieron de fantásticas teorías sobre “predisposiciones del espíritu” o biopoderes, que se vincularon con el color de la piel, la forma del cráneo y la complexión. Analicemos el punto. Altamirano hizo patente que las clases altas cuidan su “linaje” y que han contagiado con sus prejuicios toda la escala social. En *El Zarco* describe a dos muchachas: una blanca, un poco pálida, con aires soberbios y desdenosos. “Diríase que era una aristócrata oculta y disfrazada en aquel huerto de la tierra caliente”. La otra era morena, de tono suave y delicado, “alejado del tipo español, sin confundirse con el indio, y que denuncia a la hija humilde del pueblo”. Más adelante se lee: “¿De dónde te vienen tantos humos a ti que eres una pobre muchacha, aunque tengas, por la gracia de Nuestro Señor, esa carita blanca [...]. Eres tan entonada que cualquiera diría que eres dueña de hacienda”.¹⁵ Nuestro novelista conoció, pues,

¹¹ *Obras completas V. Textos costumbristas*, ed. y pról. José Joaquín Blanco. México: SEP, 1986, p. 29.

¹² *Obras completas XV, ibid.*, p. 214.

¹³ *Obras completas XVIII, ibid.*, p. 12.

¹⁴ *Ibid.*, p. 370.

¹⁵ *Clemencia, La Navidad en las montañas. Cuentos de invierno. El Zarco*, pról. Agustín Cortés, México: PROMEXA Edit., 1979 (Clásicos de la Literatura Mexicana), pp. 214 y 315.

las trampas de esta idiosincracia; pero no se liberó de algunas, como la hipotética debilidad corporal del indio (que anteriormente habían servido para protegerlos de la esclavitud y traer a “fuertes” negros como esclavos). Nótese la conjunción adversativa en este párrafo: ...“trigueño, con el tipo indígena bien marcado, *pero de cuerpo alto y esbelto*, de formas hercúleas, bien proporcionado”...¹⁶ Vale la pena citar también cómo describe a Fernando Valle, heroico protagonista de *Clemencia*, oponiéndolo a Enrique Flores, que acaba siendo el soldado vendepatrias. Éste, un “león parisiense”, desprendía “el delicado perfume de distinción que caracteriza a las gentes de buen tono”: gallardo, elegante, absolutamente simpático, irresistiblemente grato, de grandes ojos azules, bigotes rubios y complexión robusta. Fernando, al contrario, tenía el cuerpo raquítico y endeble, ojos pardos, bigote pequeño y negro, cabellos oscuros y lacios. Era moreno “pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas”. Y en un proyectivo autodesprecio, Altamirano remata con que Valle: “tenía aspecto repugnante y, en efecto, era antipático para todo el mundo”,¹⁷ porque, a no dudarlo, los “indios” son feos, repugnantes y antipáticos, aunque, aclara, el físico no revela cualidades internas, porque Dios no ha puesto un sello corporal donde podamos distinguir la belleza del alma.¹⁸ En oposición a Altamirano, estamos convencidas de que nuestra *plurietnicidad no es un asunto racial, porque desde siempre los individuos se han mezclado entre sí y con europeos: los hijos de las mezclas escogieron pertenecer a los hispanohablantes, los dominadores, o a una comunidad dominada, expresando su voluntad de mantenerse como miembros de una u otra organización hermanada o nacional* (en el sentido de *natio/ nationis*, camada).

Las periferias nacionales contra el centro mundial. A fines del siglo pasado “raza” y “pueblo” fueron expandiendo sus significados genéticos y clasistas hasta que designaron a las poblaciones amables, o dignas de ser amadas como lo más “sagrado”.¹⁹ Esta frase sincera revela a un Altamirano defensor de la periférica República Mexicana en contra de los intentos norteamericanos y franceses de subyugarla. Además, predicó con el ejemplo, a saber, participado en el Plan de Ayutla: en su *Historia...* analiza el comportamiento de su “Alteza Serenísima”, Antonio López de Santa-Anna, el polimorfo y descarado “Proteo Político” que convirtió los antiguos Estados mexicanos en comandancias militares y entregó a los Estados Unidos de Norteamérica dos y medio millones de kilómetros de nuestros terrenos fronterizos, incluida la Mesilla. Y complementa diciendo que el corrupto “patriotismo” de Santa-Anna violó el ilustrado axioma de que los funcionarios gubernamentales no son dueños del patrimonio estatal, y les está prohibido aprovecharse de impuestos, regalías, tierras y aguas del país. También nuestro honrado y “nacionalista” liberal participó en

¹⁶ *Ibid.*, p. 321. Las cursivas son nuestras.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 7-8 y 8-9.

¹⁸ Paráfraseo negando una frase afirmativa de *Clemencia* en *ibid.*, p. 24.

¹⁹ La dificultad es que ambos conceptos conservan sus significados políticos negativos.

las guerras de Reforma y de Intervención. Napoleón III, como el lobo de la fábula, dice, urde pretextos para “devorarnos”: nos acusa de canibalismo por la muerte de Maximiliano, transformando los “manes” de los reformistas en vampiros sedientos de sangre²⁰ para repetir sus gestas de Argelia y aniquilar a la “raza mexicana”.²¹

Lucha por la tierra, Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Bodino, Montesquieu, Hume, Herder y Hegel, entre otros, destacaron la importancia que tienen los hechos geográficos para el desarrollo de las culturas. *Cuando éstas quieren sobrevivir como grupos afines o connacionales, se resisten desde varias trincheras, a las situaciones que amenazan su integridad territorial.*

Coparticipe de esta clase de movimiento social, Altamirano se ancló afectivamente en su patria, exaltándola repetidamente en su poesía. Incluso proclamó con orgullo que era suriano, de la oscura y desconocida “Tixtla, que tan poco figura en el mapa de la República”,²² y que jamás pisaron las tropas imperialistas. Adicionalmente enfrentó las luchas intestinas, que se habían agudizado desde el Imperio de Maximiliano hasta la Intervención de 1861 a 1867, enalteciendo el liberalismo para que deviniera la ideología mayoritaria: el pueblo mexicano ha sido educado en la democracia e instintivamente está predispuesto a ella, porque es y ha sido “republicano por instinto y liberal por convicción”,²³ dice. Hoy deberíamos agruparnos llenos de veneración en derredor del glorioso estandarte de Dolores, no importa la mano que lo empuñe, con tal que sea la mano de un demócrata,²⁴ escribe más o menos a la letra, concluyendo con que Hidalgo fue el “hombre de la insurrección”; Morelos el de la organización revolucionaria; Juárez el de la defensa nacional, y Porfirio Díaz el de la consolidación²⁵ —aunque al correr el tiempo acabó consolidándolo demasiado, debió pensar más tarde—.

En suma, durante el periodo reformista, caracterizado por el desorden interno y las agresiones exteriores, nuestro pensador intentó disipar los “celajes sombríos” que oscurecen los “horizontes políticos” y las “frentes” pesimistas de sus compatriotas: vengan, mézclense con nosotros y obtengan nuestra nacionalidad, invita; pero, cuidado, advierte, jamás alcanzaremos nuestra soberanía si seguimos adulando a los extranjeros y besando las cadenas con que tratan de amarrarnos.²⁶

Haciendo patria. Pese a la opinión generalizada de que siempre las burocracias gubernamentales instituyen una “etnicidad ficticia” para justificar sus medidas, por regla general la génesis de los discursos nacionalizantes y símbolos patrios no ocurre por una imposición a contracorriente, sino porque una población se afirma ante sí misma y en la escena internacional. Son prác-

²⁰ 1869. *Discursos*, *ibid.*, p. 191.

²¹ *Obras completas XVIII*, *ibid.*, p. 51.

²² *Ibid.*, p. 123.

²³ *Obras completas XIX. Periodismo político 2.*, ed., pról. y notas de Carlos Román Celis. México: CONACULTA, 1989, p. 376.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibid.*, p. 377. Texto de 1872.

²⁶ *Discursos*, *ibid.*, pp. 2 y 93, respectivamente.

ticas aglutinantes que acabarán siendo xenofóbicas si, y sólo si, se usan para subordinar al otro, negándole su derecho a ser diferente (cf. *infra*). Nótese las distancias entre el sentimiento de adhesión y el de arrogancia discriminatoria, que el historiador holandés Johan Huizinga denominó “patriotismo” y “nacionalismo” respectivamente. Las colectividades se fabrican “imaginarios sociales” (Castoriadis), o conjunto de autorrepresentaciones proyectivas, que terminan siendo un credo mediante el cual se socializan, y que forman una red de sentido que manifiesta inquietudes, objetivos, problemas, esperanzas y proyectos de un nos-otros, o comunidad que va haciéndose frente al extraño o extranjero agresivo.

En las postrimerías del siglo XVI, la Nueva España dio señales de una naciente conciencia de otredad frente a España por medio de su culto a la virgen de Guadalupe, cuya evolución Altamirano describe con minuciosidad histórica. Este milagro, dice, sella con el asombro los labios de las naciones que no han alcanzado la dicha de vivirlo, y hace desaparecer las distancias entre partidos: tanto fue portaestandarte de Hidalgo, cuanto sirvió para que fundara la Sociedad de los Guadalupanos durante el iturbidismo. Si llegara el tiempo en que no se la adorara, escribe, habría desaparecido no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de México. Decenios más tarde, en su representación de 1771, el regidor José González Castañeda abogó francamente por la autonomía de las Indias bajo la premisa de que los europeos son viajeros de paso, transeúntes que buscan enriquecerse rápidamente y marcharse, propiciando la corrupción, la ineficacia y el bajo rendimiento de la mano de obra. Y las propensiones independentistas se inflamaron definitivamente cuando Napoleón Bonaparte invadió España y Carlos IV abdicó. En 1821 nos independizamos. Desde 1822 las “masas anónimas” y los gobiernos reformistas se encargaron de izar banderas religadoras para oponerse a los entreguistas que hacían escarnio de los “dogmas democráticos” y “arrojaban lodo” a los mártires, tratando de oscurecer la República y favorecer despotismo extranjero.²⁷ Altamirano no cesó de alabar a los “apóstoles del culto a la patria” o “genios” heroicos que “leyeron en el libro del porvenir”, como Hidalgo, Morelos, Galeana, Abasolo, Bravo, Allende, Aldama, Matamoros y Guerrero (nuestro orador enlista), curas y labriegos “perdidos en las tinieblas de la oscuridad” que tomaron las armas contra la tiranía que quiso “domar” nuestro espíritu “inculto” y “agreste”.²⁸

Cabe destacar que nuestro orador aclaró que los mártires libertadores no son divinidades, aunque operan como “sublimes ministros” de la nacionalidad. Antiguamente, dice, eran proclamados semidioses; en cada fiesta conmemorativa actual aún se hace “una religión de entusiasmo”, confundiendo “el fervor religioso con el amor patrio”, situación que Dios mismo goza, y que regocija el alma de los héroes.²⁹ Sus confesos objetivos mitificadores, le permitieron escribir que Dios mismo, cansado de que los jerarcas de la Iglesia nos impusieran el infame servilismo con sus hogueras inquisitoriales y excomuniones, ins-

²⁷ *Discursos*, *ibid.*, p. 226 y *Obras completas V*, *ibid.*, p. 241 respectivamente.

²⁸ *Discursos*, *ibid.* Las dos primeras citas son de p. 100 y la tercera de la p. 102.

²⁹ *Discursos*, *ibid.*, ambas citas en pp. 111 y 112.

³⁰ *Ibid.*, pp. 9-10.

piró la conducta de los “padres de la patria”: “El Dios de las naciones quería seguramente un bautismo de sangre de once años [...] a fin de hacer más caro un bien que fuese más costoso”,³⁰ porque cuantas más son las fatalidades domeñadas y más extrema es la acción contra el enemigo, más firmemente se desarrolla el espíritu colectivo.

La oratoria nacionalizadora también fabrica míticos villanos. Altamirano cita, entre otros, a la parentela de Ixtlixóchitl y a los tlaxcaltecas, probablemente arrepentidos de su empeñosa “traición a la patria”,³¹ al “débil y afeminado” “Motecuzoma” (al que baja del pedestal en que estaba para colocar allí al “noble y valeroso” Guautimotzin”), a Hernán Cortés, al Papa Alejandro VI, que en su Bula de mayo-junio de 1493 regaló a la Corona española las islas y tierras firmes que se encuentran al oeste una imaginaria línea meridiana, trazada a cien leguas de las Azores, a Santa-Anna y a Napoléon III.³²

Nuestro escritor también asignó a la literatura una misión patriótica: enterrar las obras “hermafroditas”, monstruosa revoltura, imitación servil de monumentos literarios franceses y españoles, para crear unas poesías y prosa absolutamente nuestras que recogieran, por ejemplo, las gestas de los indios de Yucatán, las bellas tradiciones de los tarascos y las escenas de la frontera norte, que diariamente cruzan las “tribus salvajes”.³³ Y vaticinó que la entonces emergente generación de escritores, libre del “silencio de los vencidos”, aleccionaría a sus lectores describiendo algunos episodios históricos nacionales en que participó (cita a Riva Palacio), o el caudal de experiencias que acumuló en el destierro y por haber nacido en medio de las revueltas.

Progresivos e improgresivos (El nacionalismo destructivo de Altamirano)

Tras once años de guerra civil, dos imperios, constantes levantamientos armados, intervenciones y saqueos, una economía de subsistencia con exigua producción exportable, que dependía de circuitos regionales de autosubsistencia, México, que en el siglo XIX se hallaba “en los dinteles de América”³⁴ y dentro de un mercado libre mundial, se vio en el predicamento de que o combatía sus desastres internos y rebeliones separatistas, o se convertía en “el juguete de los vecinos”, según palabras de Ignacio M. Altamirano. El juzgó que la fragmentación político-económica del país descansaba, en buena medida, en el aislamiento de los asentamientos indígenas, y registró que el agresivo capitalismo mexicano estaba fundado en una rígida organización de castas: la gente padecía distintos grados de explotación, aseguraba, dependiendo de su “sangre”: “¡Ay, cuántos de mis abuelos gimieron en esta situación, y cuántos dolores me han transmitido

³¹ *Obras completas V*, *ibid.*, p. 277 y *Discursos*, *ibid.*, p. 9.

³² Sus palabras sobre estos personajes pueden consultarse especialmente en sus *Discursos*, *ibid.*, pp. 5, 6; *Obras completas XVIII*, *ibid.*, p. 47, así como en la *Historia política... ibid.*, p. 53.

³³ *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, selec. y notas José Luis Martínez. México: SEP, 1988, pp. 32-35.

³⁴ *Discursos*, *ibid.*, p. 53.

con su sangre!", porque fueron la "bestia del encomendero y el esclavo del fraile", y los segregados de las grandes urbes y mantenidos "bajo tutela" como si fuesen menores de edad, servidumbre conservada so pretexto de proteccionismo: no nos engañemos —peroraba— dirigiéndose a sus contemporáneos, la caridad y la munificencia regia son un deber, y sólo un deber, del Estado.³⁵ Lógicamente protestó por la escasez de redes caminales, puentes y medios de comunicación, e intentó forjar un pensamiento que identificara a los habitantes de la República Mexicana como una "laboriosa nación". Además contrarrestó la influencia de los afrancesados y angloamericanizados izando como referente simbólico la "gran familia" americana de vigorosas naciones prehispánicas, que alguna vez estuvieron "adelantadas en cultura",³⁶ y de la cual quedaban remanentes. Al respecto contamos con su descripción novelesca del anciano bajito de "frente elevada y pensativa", habitante antiguo o "no mezclado para nada con la raza conquistadora" (cf. *supra*), en cuyo semblante melancólico había "un no sé qué que inspiraba profundo respeto",³⁷ y sus loas a los aztecas, que fecundaron los valles del Anáhuac, fueron expertos en las artes marciales y la industria, el comercio y la arquitectura; y cuya aristocracia no sólo rivalizó, sino que acabó sobrepujando en poderío a la europea (el "mexicano" paupérrimo, completa, nunca llegó al nivel de abyección del pobre de aquellos sitios).³⁸ Como puede verse, la anterior decantación iba gestando una fantásica identidad que mimetizaba la riqueza étnica o cultural de Mesoamérica con las "virtudes" de los grupos nahuatlacos. Las "tribus salvajes" autóctonas de Tixtlan, Chilapam y Chilpantzinco —comentaba nuestro periodista— fueron engrandecidas cuando las conquistó "Motecuzoma" Ilhuilcamina.³⁹

No obstante sus románticas visiones del pasado, Altamirano, haciéndose eco de la Ilustración y del Positivismo Evolucionista, rechazó a los indios como presencia activa importante. Concibió la historia como el cambio universal que pasa por las mismas y progresivas fases, y colocó a unos pueblos en la vanguardia (las "culturas civilizadoras" o que portan el Espíritu Universal en un determinado momento, según terminologías de Tylor y Hegel), en etapas semiatrasadas y en la retaguardia histórica. Esta óptica ordenadora puso a las culturas indígenas sobrevivientes en los últimos lugares, porque las concibió como fósiles vivientes que prolongan ciertos rasgos históricos antiguos (cf. este asunto en Mauss y Durkheim "De quelques formes primitives de classification" y en Diderot, Rousseau, Voltaire, Montesquieu y Edward Burnett Tylor: *Primitive Culture: Reserches into Development of Mythology, Philosophy, Religion, Language, Art and Custom*, de 1871): "el arqueólogo que quisiera reconstruir una escena de la vida mexicana antes de la Conquista, no tendría más que ir a Tixtla para tener de visu los datos necesarios",⁴⁰ porque

³⁵ Obras completas XV, p. 224.

³⁶ Discursos, *ibid.*, p. 3.

³⁷ La cita es de *La Navidad en las montañas en Clemencia... ibid.*, p. 149.

³⁸ Obras completas XVIII, *ibid.*, pp. 47-49.

³⁹ Obras completas V, *ibid.*, pp. 38-39.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 40.

los indios son primitivos —a veces llamados “salvajes” y otras “bárbaros”— o testigos residuales de la otredad, o expresión de la parte oculta y olvidada del ser nacional que han ido apagando la “luz de su antigua ciencia”: “Las razas antiguas de México [...] hoy mismo presentan el espectáculo desconsolador de un pueblo semibárbaro y abyecto, viviendo en medio de castas civilizadas, sin obtener ninguna mejora de su contacto diario con ellas”.⁴¹ Altamirano también aceptó acriticamente la división de los “indios” en ennoblecidos por el trabajo, altaneros y orgullosos de sí, y en perezosos y serviles. “Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, ennoblecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valor”.⁴² Y predice que instalados en la más crasa ignorancia, o apartados del saber científico, se hallan condenados a un proceso de consunción rápida, a pesar de los esfuerzos políticos realizados en cuarenta años de libertad.⁴³

Los conservadores hablaban con frialdad de esa inevitable consunción, culpando a la idiosincracia “melancólica y secular”, preñada de inextinguible odio a los “blancos”, que apergollaba a los “indios”. Nuestro historiador combatió esta “supina necedad”, recordando los “tres siglos de llanto” de las “aherrojadas naciones” de México, que no son *improgresivas*⁴⁴ por naturaleza, sino por que las tiranías las han dejado en un lamentable estado. Y narra cómo gracias al derecho de conquista, unos aventureros españoles, sedientos de pelea y ávidos de oro, se transformaron de mendigos en propietarios, robando y ultrajando con la “brutalidad de su lujuria” a las “naciones” prehispánicas, e implantaron el estandarte de los Reyes Católicos y la Cruz, con que santificaron la espada, so pretexto de evangelizar herejes (aunque, sigue diciendo, los sacerdotes nunca fundaron el cristianismo sobre bases sólidas —frase manida que, en nuestra opinión, podría aplicarse a cualquier grupo cristianizado— ni destruyeron la idolatría, porque en sus prácticas cristianas “que todavía no comprenden bien”, las etnias guardan en “riguroso secreto” sus atávicas y hieráticas ideas religiosas).⁴⁵

El dominio. Altamirano creyó que las dinámicas, modernas y científicas nuevas generaciones de gobernantes, “primogénitas de la humanidad”, posiblemente acabarían arrastrando a las etnias indias, hasta ahora, dice, sordas a la voz del progreso y retraídas frente a las aspiraciones del mundo contemporáneo. Apostó, pues, a efectos integradores y absorbentes a largo plazo que el Estado debía poner en práctica siguiendo la “mecánica civilizatoria”. En este sentido concebía la “nacionalidad” como una organización de clases con un Estado encargado de desarrollar un proyecto de autodeterminación frente a lo extranjero y una identidad interna mediante privilegiar las costumbres de una etnia o cultura en detrimento de las otras del país, esto es, decretando quiénes son los mejores representantes de la patria y quiénes necesitan ser homologados con los superiores. En México, debido a la es-

⁴¹ Obras completas XVIII, *ibid.*, p. 51 y Obras completas XV, *ibid.*, p. 204.

⁴² El Zarco en Clemencia, *ibid.*, p. 321.

⁴³ Obras completas XVIII, *ibid.*, p. 51.

⁴⁴ Discursos, *ibid.*, p. 144 y Obras completas XV, *ibid.*, p. 205.

⁴⁵ Obras completas V, *ibid.*, p. 29.

trecha unión que hubo entre la estratificación de clases y castas, los hispanohablantes fueron quienes establecieron su hegemonía desde el gobierno, o sea que sus órdenes, válidas en todo el país, se aplicaron en los espacios étnicos o culturalmente discontinuos.

Los ilustrados gobiernos reformistas fortalecieron la institución estatal, reclamando que se siguiera obedeciendo por encima de intereses personales, como venía ocurriendo desde que la “sumisa” población de México fue “educada doblemente bajo el imperio sultánico de los monarcas aztecas y bajo el yugo secular de la dominación española”.⁴⁶ La sociedad civil reclamó la legitimación racional de su obediencia. Altamirano le explicó que en la infancia histórica de la humanidad, los individuos en pugna se sometieron, por una especie de contrato social, a un Estado y a una legislación de interés colectivo que los obligaba a su respeto incondicional.

130

En las leyes, en la opinión pública y en los actos de masas, nuestro difusor de la filosofía ilustrada, y que apoyó contradictoriamente las libertades de expresión, tránsito y asociación; y a un Estado homologador, centralista y autoritario, rindió tributo al “espíritu del pueblo”, un hipotético sujeto colectivo que, encarnando las opiniones de consenso, sobrepasara cualquier tipo de particularidades de los individuos, las comunidades y las clases, e imaginó que la “razón histórica” igualaría a los ciudadanos de la República en la extendida clase media. Desmintiendo sus expectativas, disminuyó el número de propietarios de los medios de producción, que, a su vez, dispusieron de manera creciente y más concentrada del poder de Estado, autorizándose a ellos mismos como portavoz de la “nación”. La clase dominante protegió sus intereses sujetando las difusas asociaciones políticas de las comunidades indígenas a una dura organización central. Paralelamente, gracias a una obvia componenda, alimentó y fue apoyando una ideología que justificaba las estrategias del gobierno, y al gobierno que justificaba las estrategias de ella: “la burguesía se diluye en la nación, sin perjuicio de rechazar los elementos que decrete alógenos [...]. Este sincretismo dirigido permite a la burguesía recoger la caución numérica de sus aliados temporarios, todas las clases intermedias, por lo tanto, informes”.⁴⁷ Los gobiernos republicanos y dictatoriales decimonónicos eliminaron los fueros de las etnias indígenas, obligándolas a entrar en el régimen de propiedad privada, que les fue negado durante la Colonia (excepto a caciques y señores principales), lo que acabó despojándolas de sus tierras comunales con tres resultados: el aniquilamiento de rebeldes (genocidio), la disminución de sus poblados y su asimilación lenta: etnocidio o muerte cultural.

La influencia de esta férrea política gubernamental ha sido tan apabullante que hasta épocas recientes no se había pensado en la posibilidad de que existieran diputados “indios” por sus comunidades, que así se reconocerían en la institución estatal, mientras que en la composición de ésta quedaría reconocido el carácter “plurinacional” del país (cf. la propuesta de Margarito Ruiz, del Frente de Pueblos Indios, de que en el Congreso estén representadas las regiones pluriétnicas, y no necesariamente sólo los Estados). Esto es, pese a que desde antes de la Independencia en México ha existido un

Congreso que teóricamente valida el principio de las mayorías y los derechos de las minorías, el profundo centralismo (que actualmente ha demostrado mundialmente su precariedad) de gobiernos e individuos dizque partidarios de la federación (y hasta de la confederación latinoamericana), le ha impedido concebir la pluralidad nacional como un hecho deseable, y enarbolar el co-pertenecer en la diferencia, enterrando la supeditación de unas culturas a otras mediante organizaciones extrovertidas y enajenantes.

Hable usted cristiano. El español como lengua nacional. Altamirano consideró que mientras persistieran las etnias indígenas, la “nación” estaría incompleta y rezagada. Luego, la homogeneización de la “raza vencida” con la “vencedora” debía “constituir fisiológica y políticamente hablando la gran fuerza del pueblo” integrado.⁴⁸ A su juicio, la escuela pública que impartiera una enseñanza común, eficaz, actualizada y monolingüe, funcionaría como el elemento unificador que, superando la “funesta rutina” de separar los niños hispanohablantes del resto, propagaría las “luces” entre las “masas” indígenas que, una vez instruidas, habrían de brillar, libres ya de la vergonzosa tutela moral del esclavo. Enfatizó la importancia de instituir el español como lengua nacional, admitiendo que los indios son reacios a esta lengua porque la han aprendido en el mercado, el servicio doméstico, el ejército y las cárceles. Su actitud se contrarrestaría, afirmó, si los profesores de las comunidades indígenas manejasen el “idioma local”. Antes de completar este asunto, abramos un paréntesis.

Las lúcidas ideas que escribió en reseña de 26 de junio de 1869 al *Epítome o modo fácil de aprender el idioma náhuatl* de Faustino Chimalpopoca, mantienen su actualidad no sólo porque señala la pertinencia histórica de descifrar testimonios del pasado prehispánico (cita el *Código Mendocino*, el *Tónal-Amatl*, los manuscritos de Tepean y los libros de tributos), sino por las siguientes ideas (que parafraseamos): los “indios” necesitan instrucción, y tienen mayor aptitud de recibirla en su lengua que en la castellana, a cuyo aprendizaje se resisten, y cuyo carácter les es desconocido. Los políticos aventajarían mucho conociendo las lenguas de éstos porque se pondrían en relación con la mayoría de habitantes de la República.⁴⁹ Sin embargo, generalmente se olvidó de esta postura, subrayando, en cambio, la redención de los “indios” por medio del español. Y si de redención se trataba, por qué no irles traduciendo ciertas obras españolas, siguiendo el ejemplo de Las Casas y otros frailes. Nuestro periodista responde que los idiomas aborígenes han sufrido procesos de erosión debidos a la predominancia del español, lo que quizá prueba su inminente desaparición.

⁴⁶ *Obras completas II. Obras históricas*, ed., pról. y notas de Moisés Ochoa Campos. México: SEP, 1986, p. 21.

⁴⁷ Roland Barthes, *Mitológicas*, trad. Héctor Schmucler. México: Siglo XXI Editores, 1980, p. 233. Sobre el tema cf. también Herman Heller, *Teorías del Estado*, ed. y pról. Gerhart Niemeyer, trad. Luis Tobío, 3a. reimp. México: FCE, 1990 (Sección Obras de Ciencia Política).

⁴⁸ *Obras completas XV, ibid.* p. 202. Sobre este tema cf. Carlos Guzmán Böckler, *Donde enmudecen las conciencias. Crepúsculo y aurora en Guatemala*. México: SEP/CIESAS, 1986 (Frontera) y Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life*. New York: Oxford University Press, 1964.

⁴⁹ *Crónicas de la semana (De El Renacimiento, 1869)*. introd. José Luis Martínez, Francisco Monterde y Huberto Batis. México: Departamento de Literatura, INBA, 1969 (Ayer y Hoy, 9).

Además, tan penosos trabajos sólo prolongarían la “inferioridad de los pueblos imprevisores y desgraciados”, que han permanecido siendo “analfabéticos” e “ignorando el idioma castellano que era el que nos ponía en contacto con la civilización europea”.⁵⁰

La primera de las dificultades con que ha tropezado la enseñanza pública, dice, es la diversidad de “lenguas y dialectos que habla la raza indígena de México” (los enlista, siguiendo a Orozco y Berra), cuya “índole particular no se prestaba, ni se presta todavía a favorecer el desarrollo de la *civilización europea*”,⁵¹ aunque precisa que el tarasco y el “mexicano” cuentan con recursos suficientes para expresar concepciones originalmente formuladas en lenguas “indohelénicas o helenolatinas”, comparativamente con lenguas “rudimentarias y atrasadas”, como el pame o el cora.⁵²

La coacción. Altamirano recuerda la disposición de Carlos V (Valladolid, 7 de junio y 17 de julio de 1550, ley 18, título 1o., libro 6o. de la *Recopilación de Indias*) que mandaba que se enseñara el castellano a los “indios” que quisieran aprenderlo, porque en sus idiomas no se podían explicar con propiedad los misterios de la fe. Esta medida civilizatoria se frustró porque la “falta de coacción hizo seguramente ineficaces las resoluciones de la Metrópoli”, es decir, que los “indios” no lo hablaron con preferencia a sus lenguas “ni con entera exclusión de éstas”.⁵³ No muy lejos de los autos de fe que consumieron en las llamas los documentos prehispánicos, nuestro civilizador dicta sentencia: “¿Qué se habría perdido? Un enjambre de lenguas y dialectos de que hoy apenas sacan un mezquino provecho la arqueología y la filología para sus deducciones, y aún esto último se hubiera logrado conservando las gramáticas, vocabularios que ya estaban escritos”.⁵⁴

Pluralidad democrática y nacionalismo defensivo. En oposición a lo que ocurrió en México durante el siglo XIX, nosotras opinamos, *siguiendo a Herder, que el Estado (producto artificial) debe adaptarse a la nación, entendida como la agrupación de individuos sociales que se pertenecen a sí mismos y a unos prójimos (que ellos eligen como tales), de manera que admitan ser interpelados con el nombre de una sociedad (amplia o pequeña, según el caso).* Los connacionales se saben y quieren miembros de una organización social, en el entendido de que nada es parte a menos de que haya un todo, y viceversa. *Este tipo de identificaciones implica, pues, el deseo de vida conjunta o co-existencia a partir de diferentes niveles de relaciones e integración.*

Del yo nace, pues, el nos-otros que, asimismo, exige su pareja dialéctica, el vos-otros (o extraños). El sentimiento de co-pertenencia no puede imponer-

⁵⁰ *Obras completas XV, ibid.*, p. 222; *Discursos, ibid.*, p. 405.

⁵¹ *Obras completas XV, ibid.*, p. 200. *Cursivas en el original.* Estamos citando dos ensayos de Altamirano particularmente significativos: “Instrucción pública. Generalización del castellano” e “Instrucción pública. La enseñanza popular desde la Independencia. Necesidad de una lengua nacional”, ambos de 1882.

⁵² *Ibid.*, pp. 201 y 202.

⁵³ Disposición de Valladolid, 7 de junio y 17 de julio de 1550. Ley 18, título 1o., Libro 6o. de la *Recopilación de Indias*. Las citas son de *Obras XV, ibid.*, pp. 203 y 202 respectivamente.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 202.

se: las nacionalizaciones ficticias, u obligadas desde el poder, que en México amenazan, aquí también, con nuevos estallidos, porque no habrá la más mínima hegemonía interna donde no se respete y esté dispuesto a admitir la otredad de cada yo, de cada nos-otros y cada vos-otros.

Primitivo Cuxim Caamal interpeló al Santo Padre en estos términos: "Tú puedes ayudarnos a entender que tenemos derecho a ser distintos porque somos iguales".⁵⁵ Se oyó su voz, porque la falta de igualdad de oportunidades ha impedido que los indígenas de México tengan acceso a las tribunas públicas: han sufrido reiterados intentos de imponerles una visión del mundo y unos modos de actuar que les son ajenos. Rebasando constantes "medidas civilizatorias", nos han hecho saber que quieren dialogar en pie de igualdad. Negarse a hacerlo, excluirlos del Estado y ensordecercuando reclaman sus derechos económicos y a su autodeterminación, probaría que aún persisten las tendencias homologadoras y políticas verticales.

Por último, si hilamos las dos partes de esta exposición, obtendremos un resultado sorprendente. No obstante de que el liberalismo aplicó dictatorialmente políticas desdiferenciadoras o etnocidas, su "entusiasmo fanático" por la patria,⁵⁶ o nacionalismo defensivo, inspiró las protestas en contra de los obligados desplazamientos o emigraciones forzadas, la explotación, el racismo, las imposiciones culturales que tienen lugar en la actual globalización económica, la falta de diálogo que viola el inalienable derecho individual y colectivo a defenderse, y la ausencia de un organización estatal democrática. Ponemos punto final resaltando las cualidades proféticas de Altamirano: siguiendo los "mecanismos civilizatorios", o ley del más fuerte, no sólo podrían desaparecer las lenguas aborígenes, sino el mismo español...

¿qué podrá esperar México el día en que estos indígenas, abandonados por la población que habla español, aprendan y conozcan el idioma inglés?... dentro de poco con el método hábil que siguen los misioneros en sus escuelas, y que propondríamos como un modelo, no tendrán ya necesidad de emplear otra lengua que la [de] nuestros vecinos para enseñar sus dogmas e iniciar a estas razas aletargadas en todos los principios de la cultura moderna.⁵⁷

⁵⁵ "Separadas la fe y la vida" en *La Jornada* (México D.F.), año nueve, No. 3207, 13 de agosto de 1993, p. 6.

⁵⁶ *Discursos*, *ibid.*, p. 148.

⁵⁷ *Obras completas XV*, *ibid.*, p. 219.